

JAVIER
CERCAS

La aventura de escribir novelas

CONVERSACIONES CON
BRUNO ARPAIA,
SERGIO DEL MOLINO
Y FÉLIX DE AZÚA

MAESTRALE 03

BRUNO ARPAIA

Presentación

A estas alturas, la memoria me hace aguas por todas partes, pero creo recordar que la primera vez que vi a Javier Cercas fue en la presentación de *Soldados de Salamina* en Italia, y que acababa de empezar el milenio. El editor italiano que compartíamos (y compartimos) me pidió que lo presentase en Italia, y acepté entusiasmado. El libro de Cercas me había dejado fulminado, me había fascinado, raptado, y me temo que semejante entusiasmo se notó incluso demasiado cuando conversamos en la presentación. Lo que más me impresionó, nada más vernos, es que vi en Javier no solo a un fantástico escritor y a un intelectual interesantísimo, sino también (y sobre todo) que me vi enfrente de una persona estupenda, y que encontré un amigo. Demostró serlo cuando, un año después, fue él quien presentó un libro mío, *La última frontera*, en Barcelona, acompañado por Enrique Vila-Matas e Ignacio Martínez de Pisón. Javier aceptó presentarlo y, además, dijo en aquella ocasión que era como si alguien nos hubiera encargado la misma tarea y nosotros, cada cual a su manera, la hubiésemos llevado a cabo con idéntica fuerza e intensidad: él hablando de un oscuro miliciano de la Guerra Civil y yo de Walter Benjamin que se

suicida en la frontera por la que huyeron, como su Miralles, medio millón de españoles que habían perdido la guerra.

Desde entonces, creo que puedo vanagloriarme de disfrutar de su aprecio y de su amistad, consolidada en infinidad de conversaciones y de discusiones sobre los temas más variados, en comidas y cenas en las más variopintas ocasiones; sin olvidar que hace algunos años que soy su traductor al italiano, que hemos leído las novelas que el otro ha escrito, que hemos vivido muchos eventos uno al lado del otro, y el menor no es el que dio origen a este libro. Hacía años que se celebraba en Pordenone, en el Véneto, un festival literario que tenía características particulares. El festival se llamaba (y se llama) Dedicà, y (claro) se «dedicaba» a un solo autor. Alrededor de su obra y de su personalidad, la organización preparaba reuniones, presentaciones, mesas redondas, exposiciones fotográficas, representaciones de textos teatrales y proyecciones de películas basadas en sus obras; montaba también conciertos con músicos que pudieran tener relación con el autor. Además, Dedicà publicaba un libro con una extensa entrevista al escritor homenajeado, que incluía inéditos y colaboraciones de amigos y críticos. En 2013, los organizadores eligieron a Javier Cercas y me encargaron a mí que dialogara con él. Así pues, nos vimos varias veces, en Italia y en España. Javier nos abrió a mí y al gran fotógrafo Daniel Mordzinski (que hizo una exposición sobre Javier) las puertas de casa, nos presentó a su familia y fuimos con él, emocionadísimos, a los lugares en los que se desarrolla *Soldados de Salamina*.

Es siempre maravilloso conversar con Cercas, descubrir los muchos puntos en común que tenemos y los pocos desacuerdos que nos unen, pero en aquella ocasión lo fue aún más, pues ambos sabíamos que cuanto íbamos a decirnos iba a ser

publicado y que tendríamos que asumir la responsabilidad de lo dicho: sus ideas brillaban como nunca gracias a una luz clarificadora. Del intercambio salimos más ricos, pero también con más dudas, incluso en las ocasiones en que no estábamos de acuerdo. Así, la editorial que compartíamos, Guanda, decidió publicarlo con todas las bendiciones y el mucho aparato que suelen emplear las grandes editoriales. Estoy contentísimo de que ahora, gracias a Altamarea, esté al alcance del público español.

Han pasado más de diez años de aquella conversación y el papel público y la notoriedad de Javier Cercas han crecido de manera enorme, sus ideas acerca de la literatura y de la política no han dejado de perfeccionarse y de ganar en profundidad, está considerado uno de los más importantes escritores e intelectuales europeos, sus novelas no han dejado de entretenernos, de dejarnos sin aliento, de hacernos reflexionar, pero yo creo que todo germinaba ya en la apasionante conversación de años atrás. Estoy razonablemente convencido de que, precisamente por eso, el libro lo apreciarán muchísimo los lectores y las lectoras españolas.

JAVIER CERCAS

Hugh Grant y el porvenir de la novela

Semanas atrás leí un reportaje sobre el porvenir de la novela. Entiendo que el asunto pueda provocar en algunos un tedio casi insuperable; en mí a ratos también, pero lo cierto es que, gracias al talento de Javier Rodríguez Marcos y a la perspicacia de los escritores consultados por él, el reportaje acabó resultándome interesantísimo. Más aún, acabó iluminándome: descubrí que debo de ser el último tonto del bote que, al menos por estos pagos, todavía cree que la novela tiene algún porvenir. De inmediato me pregunté por qué. De inmediato encontré la respuesta. La encontré en una anécdota que cuenta Simon Leys en *La felicidad de los pececillos*. Hace unos años, la policía de Los Ángeles detuvo al actor inglés Hugh Grant cuando una profesional le practicaba una felación en plena vía pública. El hecho desató un gran escándalo, hasta el punto de que la carrera de Grant pareció estar a punto de naufragar. En medio de esa tormenta, un periodista norteamericano le hizo al actor una pregunta muy norteamericana: «¿Va ahora usted a un psicoterapeuta?». «No —contestó Grant—. En Inglaterra leemos novelas».

Es imposible decirlo mejor. Cervantes inventó la novela, pero en la España de su época mandaban los fanáticos y nadie

le hizo ni puñetero caso, así que vinieron los ingleses y nos robaron el invento. Y hasta hoy. Por eso los ingleses (y en general, con pocas salvedades, los anglosajones) se parten de risa cada vez que se habla del porvenir de la novela: ellos se limitan a escribirla, y muy buena; y por eso el *Quijote* siempre ha parecido una novela más inglesa que española. Tanto peñón, tanto peñón: que nos devuelvan la novela y se queden con el maldito peñón. Bien. Los escritores convocados por Rodríguez Marcos vienen a decir que la novela ya no pasa de ser un simple entretenimiento, que no es cosa seria; llevan toda la razón. Y yo diría más. El problema no es solo que la novela ya no sea seria, sino que no lo ha sido nunca: quien diga que el *Quijote* o *Ulysses* son libros serios es que no ha entendido ni el uno ni el otro; lo que son es, además de bromazos monumentales, libros profundos, vertiginosamente profundos. ¿Cómo lo consiguen? Cervantes creó la novela moderna dotándola de dos reglas fundamentales. La primera es que la novela es un género sin reglas; o sea, es el género de la libertad total. La segunda es que la novela es el paraíso de la ironía, entendida esta como instrumento de conocimiento: don Quijote es un loco de sanatorio, pero también está lleno de sensatez y sabiduría; don Quijote es un personaje ridículo, pero también es el caballero más noble y más valiente, el «rey de los hidalgos | señor de los tristes» de Rubén Darío. Eso es la ironía: la llave que abre las puertas de la verdad, descubriéndonos que esta es casi siempre poliédrica, que las cosas pueden no ser solo una cosa, sino una cosa y la contraria. Esto no lo entenderán nunca los fanáticos, y por eso los fanáticos siempre han detestado la novela. De ahí que no le hicieran ni caso a Cervantes nuestros antepasados del xvii y sí se lo hicieran los ingleses, que por entonces empezaron a crear, a base de ciencia y de novelas, la modernidad;

y de ahí que la modernidad pueda describirse como la lucha de la ironía novelesca contra la estúpida seriedad del fanatismo. Esto es lo que le estaba diciendo el irónico Grant a su fanático entrevistador: que la cosa no era para tanto, que con llamarle adicto sexual no se arreglaba nada, que la felación de la profesional era asunto suyo y de nadie más; en suma, que se fuera a la mierda.

La verdad: no sé cuál es el porvenir de la novela, ni siquiera creo que nadie pueda estar del todo seguro de que tenga un porvenir; yo más bien diría que sí lo tiene, y que en definitiva depende de los novelistas: si son soberbios, perezosos y cobardes, morirá; si no lo son, vivirá muchos años, tantos que quizá acabe demostrando que, lejos de estar medio muerta, está en pañales: al fin y al cabo es un género que, como tal, tiene apenas siglo y medio de vida y es por tanto, y de lejos, el más joven de los grandes géneros literarios. Sea como sea, una cosa es segura: si alguna vez construyen el paraíso de los fanáticos y los terapeutas, que nadie me busque allí. Como Hugh Grant, yo sigo prefiriendo las novelas.